

EL LUGAR DEL EROTISMO URETRAL EN EL DESARROLLO DE LA LIBIDO

Andrés Beytía R.

Psicoanalista,

Miembro Asociado de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis ICHPA,

Psicólogo Pontificia Universidad Católica de Chile

y Docente del Instituto de Formación

de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis ICHPA.

Este texto es un fragmento editado

de la ponencia del Trabajo Final de la Formación de Psicoanalista

frente a miembros de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis,

realizada el 18 de julio de 2018 en Santiago de Chile.

andresbeytia@gmail.com

Para citar este artículo / Para citar este artigo / To reference this article

Beytía R. A. (2018) EL LUGAR DEL EROTISMO URETRAL

EN EL DESARROLLO DE LA LIBIDO

Intercambio Psicoanalítico 7 (2), DOI: doi.org/10.60139/InterPsic/14.2.1/

Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC By 4.0)

EL LUGAR DEL EROTISMO URETRAL EN EL DESARROLLO DE LA LIBIDO

Andrés Beytía R.¹

1Psicoanalista, Miembro Asociado de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis ICHPA, Psicólogo Pontificia Universidad Católica de Chile y Docente del Instituto de Formación de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis ICHPA. Este texto es un fragmento editado de la ponencia del Trabajo Final de la Formación de Psicoanalista frente a miembros de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis, realizada el 18 de julio de 2018 en Santiago de Chile. Contacto: andresbeytia@gmail.com

Durante los últimos años me ha llamado la atención la insistencia y relevancia del erotismo uretral en mi trabajo clínico. El primer caso en que esto se me volvió particularmente nítido fue el de una paciente que consultó debido a que, tras una crisis de angustia, había desarrollado una fobia a transportarse en el metro. La primera crisis fue descrita del siguiente modo: “iba en un horario con mucho flujo, empecé a sentir ahogo y miedo a no poder controlarme, a poder hacerme pipí”. Si bien el elemento urinario ocupaba el centro de su temor, no alcancé a interpretar más detenidamente el fenómeno. Algo pudimos acercarnos a la idea de flujo o a la relevancia del contacto entre los cuerpos dentro del vagón, pero aún así la comprensión de las sensaciones uretrales quedó bastante oscura. De todas formas, pudimos trabajar durante un tiempo hasta que la paciente se encontró mejor, pudo retornar a sus actividades y decidió interrumpir el análisis. Otro paciente, quien había consultado por temas referidos a la potencia sexual, estaba pasando por un periodo en que se habían agudizado notablemente su inquietud ansiosa por las sensaciones anales y estomacales. De pronto ocurrió un viraje muy nítido en que estas preocupaciones se desplazaron, por primera vez durante el análisis, hacia las sensaciones de su pene, con temores por la posibilidad de haberse orinado sin querer y pasar un bochorno público. Este movimiento nos permitió abordar su hábito de interrumpir sus relaciones sexuales, antes de penetrar, con una ida al baño para orinar con el objetivo de “purificar algo”, y no confundir sus ganas de orinar con ganas de eyacular durante el coito. También emergieron recuerdos de una época de enuresis secundaria a sus siete años. Vale la pena mencionar que tras ese período de trabajo ocurrió un significativo restablecimiento de su función genital. Finalmente, quisiera mencionar el caso de una tercera paciente con la que pude apreciar un fenómeno clínico consistente en una serie de siete sueños —durante el transcurso de unas dos semanas— que pusieron en primer plano el acto de orinar. Al trabajar con ellos pudimos llegar a la insistencia del deseo de figurarse orinando como hombre. Estas formaciones oníricas tenían un correlato muy directo en su acción cotidiana de orinar en la ducha intentando hacer puntería como podría hacerlo un hombre, la que pudo referir a propósito de los sueños. Durante el análisis tuvo también otros sueños similares y, además, aportó otros elementos en los que lo uretral cobró relevancia, tales como su insistencia en defenderse de la idea que algún hombre la meara, giro lingüístico que usaba habitualmente en el sentido de un apoderamiento; la figuración de una mujer sádica que quema a un hombre y luego orina sobre él; su recuerdo (encubridor) de haber visto por primera vez a un hombre meando a los doce años; y su insistencia en cortar a los hombres diciéndoles que iba al baño a orinar cuando se aburría durante las relaciones sexuales, lo que asociaba a la envidia por la facilidad para llegar al orgasmo en sus compañeros.

Los ejemplos anteriores muestran de manera bastante nítida la relevancia que puede cobrar el erotismo uretral en nuestro quehacer clínico. Recientemente me he encontrado con un artículo de la psicoanalista chilena Liliana Messina (2016) quien, de manera independiente a mi investigación y con divergentes conclusiones teóricas, aunque no excluyentes, expone su trabajo psicoanalítico con dos mujeres aquejadas de vejiga espástica. A esto sumaría elementos uretrales más habituales que apreciamos cotidianamente en nuestras consultas (ganas de orinar durante la sesión como evidente reacción a un conflicto, rituales uretrales al ingresar o salir de la consulta, etc.), síntomas uretrales relativamente frecuentes (por ejemplo, en niños las distintas formas de enuresis; en hombres la incapacidad de orinar en presencia de otros o uretritis con causas inespecíficas; y en mujeres la cistitis recurrente), presencia de elementos uretrales en los sueños y su aparición múltiple en recuerdos¹. Creo que cualquier psicoanalista estará de acuerdo en afirmar que este tipo de material se «entromete» (mitsprechen) cotidianamente en nuestro trabajo.

Notar la insistencia de los elementos uretrales tuvo el efecto de invitarme a poner atención a este componente de la pulsión en el trabajo con mis pacientes, por un lado, y preguntarme por el lugar de lo uretral en la teoría psicoanalítica, por el otro. Esto pensando en el erotismo uretral como componente de la pulsión, es decir, como un derivado de una fuente de estímulo intrasomática en continuo fluir que constituye una medida de exigencia de trabajo para lo psíquico; que tendría habitualmente como condicionamiento central (Freud, 1905) la vejiga y la uretra, aunque en determinadas condiciones podrían agregarse los riñones y uréteres; que proyectaría su actividad principalmente sobre la uretra (periferia); y que se apuntalaría en las necesidades corporales en torno a la micción, la orina y las sensaciones circundantes por la presencia del otro de los cuidados. De este modo nos preguntamos: ¿podemos indicar un momento en el que existiría un primado del erotismo uretral?, ¿cuál sería ese momento?, o bien, ¿debemos considerar al erotismo uretral como una modalidad del erotismo poco relevante o como un componente del erotismo anal? Estas preguntas me condujeron a una investigación de esta forma de la libido en Freud, algunos de los primeros psicoanalistas, el los referentes teóricos más centrales entre los posfreudianos y en la Escuela Argentina. En esta ocasión solamente daré cuenta de mis hallazgos en relación con Freud y los primeros psicoanalistas.

¹ También he enterado recientemente en el periódico *The Clinic* acerca del *sounding*, práctica sexual consistente en la introducción de objetos por la uretra, principalmente en hombres.

El erotismo uretral en Freud y algunos de los primeros psicoanalistas

En primer lugar, nos proponemos abarcar las referencias al erotismo uretral en los escritos publicados del fundador del psicoanálisis, sea cuando lo menciona directamente o cuando interpretamos que está ahí presente aunque falte el nombre. Realizaremos un recorrido básicamente cronológico que nos permitirá ir formándonos una impresión del lugar del erotismo uretral en la obra de Freud por medio de sus insistencias y desarrollos. Es bastante notorio que el erotismo uretral en lo explícito—a diferencia de lo oral, anal, fálico y genital, con sus correspondientes subestadios— no poseería el título de una organización determinada y no comandaría un período de tiempo al modo de un primado. Esto llama la atención porque, como veremos, desde el comienzo de su obra y con bastante insistencia, Freud posó su atención sobre el erotismo uretral y los procesos de micción.

En 1893 Freud publicó un trabajo neurológico titulado *Sobre un síntoma que a menudo acompaña la enuresis nocturna de los niños*² en el que daba cuenta de su observación de la existencia de una hipertonia de las extremidades inferiores en niños aquejados de enuresis. Nos parece que esta publicación da cuenta de cómo los procesos urinarios y, en particular, la enuresis llamaba la atención de Freud en una época en la que su interés profesional ya se había desplazado hacia lo psíquico. Si bien Strachey comenta que “no hay indicios en este artículo de ningún posible determinante psicológico” (Strachey en Freud, 1897, p. 237), una lectura más detenida a las posibles explicaciones del fenómeno encuentra referencias a la angustia y el pudor, o, aunque descartada, a la costumbre de contracción de los muslos uno contra otro “por temor a la pérdida de orina” (p. 204)³. Posteriormente, en el Proyecto, hizo una pequeña referencia a la mojadura como uno de los elementos que, junto al hambre, perturban el dormir (1950 [1895], p. 381). Encontramos otra referencia a este tópico en la Carta 97 (1950 [1892-99]) a Fliess, donde relató parte de su trabajo con un joven que apenas podía caminar “a causa de su rigidez en las piernas, espasmos, temblores, etc.” (p. 317). Si bien para Freud los determinantes más superficiales de los síntomas del paciente decían relación con épocas en que la gonorrea y constantes erecciones dificultaron su marcha, propone determinantes más profundos relacionados con una enuresis nocturna a los siete años, la que atribuyó a excitaciones sexuales

2 En Freud (1897) el título de este trabajo fue traducido por *Sobre un frecuente síntoma concomitante de la enuresis nocturna*.

3 Es interesante como este apretar los muslos posteriormente será referida como una técnica masturbatoria, principalmente en las mujeres.

espontáneas o por seducción en la infancia, y a la “angustia grandiosa” como reacción a una amenaza de su madre de “contárselo al maestro y a todos sus condiscípulos” (p. 317)⁴.

Ya en *La interpretación de los sueños* (1900 [1899]) las referencias a lo uretral se vuelven múltiples, complejas y diferentes en cada nueva edición del texto. Hay al menos tres sueños donde los elementos urinarios están particularmente presentes, dos de Freud y uno de otro hombre. Las alusiones al erotismo uretral son bastante ricas y extensas, por lo que aquí mencionaremos sólo los elementos que nos parecieron más relevantes. El primero de ellos, aparentemente de la versión de 1900, es un sueño muy interesante por como adelanta vínculos muy posteriores en la obra de Freud; trata de un hombre que ve dos muchachos que riñen, donde el orinar de a pie se entrelaza con la visión de los genitales femeninos, el pavor y “el recuerdo de un castigo o amenaza de su padre a causa de su curiosidad sexual” (p. 215). El segundo es el denominado sueño del conde Thun, de Freud, en el que él le pone por delante un orinal masculino a un señor mayor y ve “plásticamente la posición del otro y su miembro que orina” (p. 224). Una parte de la interpretación de este sueño dice relación con una venganza hacia su padre (los papeles están invertidos) y el recuerdo de un reproche de su padre por continuar mojando su cama a sus dos años. En unas oraciones agregadas en 1914 refirió la “íntima conexión entre el mojarse en la cama y la ambición como rasgo de carácter” (p. 229-30). El último de estos sueños, también de Freud, es el del escusado al aire libre, en el que él se figura orinando con un largo chorro que limpia todo y desprende pegotes de mierda del escusado. Su interpretación apunta directamente hacia la ambición (*Gulliver* y *Hércules*) y su combinación con la venganza (*Rabelais*). Es llamativo cómo aquí, en torno a lo uretral, aparece una referencia a *Hércules* que retornará en su pluma más de treinta años después en *Sobre la conquista del fuego* (1932 [1931])⁵.

4 Vale la pena destacar la presencia de la amenaza y la angustia en torno a la enuresis.

5 Creemos que sin forzar tanto las cosas, por medio de la referencia mítica a *Hércules* y su limpieza de la mierda de los establos de Augias por medio del agua, podríamos sobreinterpretar este sueño como la figuración del establecimiento de una represión primaria (orgánica) (Brudny, 1990) entre lo anal y lo uretral. En relación a este sueño, Anzieu (1959) señalará escuetamente que tiene como tema latente “el pasaje del estadio anal al estadio uretral” (p. 370).

Tras una breve referencia al peso de la enuresis en los historiales clínicos neuróticos en *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901; véase p.145), nos encontramos con dos trabajos que presentan variadas indicaciones al tema que nos ocupa. El primero de ellos es el Caso Dora (1905 [1901]) donde hizo una primera referencia a la doble función de los genitales: “pueden recordar las funciones excrementicias porque aquí el órgano, además de servir a la función sexual, sirve a la micción. Y aún este des empeño es el conocido de más antiguo, y el único conocido en la época presexual” (p. 29). Más adelante, a propósito del primer sueño, Freud rondó durante casi todo un capítulo alrededor de la micción, trabajando un plano actual —la escena del beso con el señor K.— y un plano infantil, en el que interpreta una escena en la que el padre la despierta para que no moje la cama en la noche. Con respecto al plano infantil se extendió en el par fuego/agua, que será una de las características de la reflexión de Freud en cuanto a la orina. Desde distintos ángulos desarrolló el vínculo fuego-agua, a veces como opuestos y, otras, como sinónimos en cuanto al amor y la excitación sexual. También se detuvo por primera vez en lo que será otra de las insistencias de Freud en este tópico: el vínculo de la enuresis, principalmente secundaria, con la masturbación infantil (en el caso de Dora, a los siete u ocho años). El segundo de los trabajos es *Tres ensayos* (1905) donde profundizó en lo que había planteado anteriormente a propósito de Dora. Cuando estaba intentando dar cuenta de la activación de las zonas genitales en la infancia, señaló que ésta “tanto en los varones como en las niñas se relaciona con la micción (glande, clítoris)” (p.170). Un poco más adelante especificó que “la sintomatología de estas exteriorizaciones sexuales [el retorno de la masturbación de la lactancia] es pobre; del aparato sexual todavía no desarrollado da testimonio casi siempre el aparato urinario, que se presenta, por así decir, como su portavoz. La mayoría de las afecciones vesicales de esta época son perturbaciones sexuales; la enuresis nocturna, cuando no responde a un ataque epiléptico, corresponde a una polución” (p. 172)⁶. Finalmente, vale la pena destacar una nota agregada en 1920 en la que señaló que “es preciso atribuir a cada individuo un erotismo oral, anal y uretral, y la comprobación de los complejos anímicos que les corresponden no implica juicio alguno sobre anormalidad o neurosis” (p. 187, n. 51). Finalmente, encontramos otra nota agregada en 1920 (p. 218, n. 11) que no hizo sino resumir el trabajo al que nos referiremos a continuación.

6 Freud insistirá en el nexo de la enuresis con la polución en *Apreciaciones generales sobre el ataque histérico* (1909 [1908]) al señalar que “no hay derecho a sostener que la micción involuntaria sea incompatible con el diagnóstico de ataque histérico; no hace más que repetir la forma infantil de la polución violenta” (p. 210)

En *Carácter y erotismo anal* (1908), Freud volvió a situar la uretra entre aquellas “partes privilegiadas del cuerpo (genitales, boca, ano, uretra), que merecen el nombre de «zonas erógenas»” (p. 154), aunque esta vez más diferenciadamente de los genitales⁷. Y si bien en el trabajo evidentemente se centró en los complejos de carácter vinculados con el erotismo anal, insistió en “la desmedida, «ardiente», ambición de los otrora enuréticos” (p.158)⁸. Ese mismo año publicó *Sobre las teorías sexuales infantiles* (1908) donde lo uretral tuvo su lugar en conexión con el problema de saber de dónde vienen los niños, en las frecuentes teorías de «orinar cada uno en presencia del otro» o «el marido orina en la bacinilla de la esposa» (p.198). Esto dice relación con que “el niño no puede colegir que del miembro sexual se evacúe otra sustancia que la orina, y en ocasiones una «doncella inocente» se muestra indignada la noche de bodas por el hecho de que el marido le haya «orinado dentro»” (p. 199). También en ese trabajo señaló los intentos de las niñas de “orinar en la postura posibilitada al varón por la posesión del pene grande” (p.194) vinculados con la envidia del pene en la mujer, mismo elemento sobre el que insistió diez años más tarde en *El tabú de la virginidad* (1918 [1917], véase p. 200). Por esta misma época encontramos un trabajo sumamente relevante para pensar esta temática: *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* (1909). Con respecto a este trabajo quisiéramos consignar que de comienzo a fin la temática de la diferencia entre los sexos y la castración gira en torno al hace-pipí y la micción. Es tal la insistencia de la temática del erotismo uretral y su vínculo con la diferencia entre los sexos que merecería un trabajo independiente de relectura del caso completo desde esta perspectiva⁹.

7 En *Cinco conferencias sobre psicoanálisis* (1910 [1909]) insistirá en esta secuencia:

“La principal fuente del placer sexual infantil es la apropiada excitación de ciertos lugares del cuerpo particularmente estimulables: además de los genitales, las aberturas de la boca, el ano y la uretra, pero también la piel y otras superficies sensibles” (p. 40).

8 Nótese el juego de palabras, evidentemente intencionado, que establece un nexo entre lo ardiente {brennend} de la ambición y el fuego.

9 Quisiera consignar también una aparición de esta temática en los apuntes originales sobre el caso del *Hombre de las Ratas*, donde se describe un recuerdo en que “de pequeño yació entre padre y madre y mojó la cama, tras lo cual el padre le pegó y lo echó de la cama” (Freud, 1909b, p. 222).

Tras una breve referencia en *Sobre las trasposiciones de la pulsión* (1917), donde situó la orina muy cerca de las heces en tanto regalo, al señalar que “con la orina se producen reacciones parecidas, aunque no tan intensas” (p. 120), volvió a abordar el tema con mayor detención en el caso del *Hombre de los Lobos* (1918 [1914]) donde propuso a la micción como una de las alternativas de reacción frente a la escena primordial, junto con la defecación¹⁰. En este trabajo, Freud tendió a vincular la reacción de defecación con la pasividad y la identificación con la mujer en la escena primordial; mientras que la reacción de micción en el mismo contexto, con una identificación con el padre en esa escena, es decir, con un rol activo. Señaló que el paciente sólo pudo haber comprendido la acción del padre en el coito como un orinar, cosa que repitió en la escena con Grusha, lo que produjo una amenaza de castración por parte de ella. Posteriormente, volvió sobre el tema en uno de los puntos cruciales de la publicación, cuando comenzó a abordar el cruce entre filo- y ontogénesis, entre la fantasía originaria y la realidad, al preguntarse: “¿estamos autorizados a ver en el acto de orinar el niño de a pie, mientras la muchacha friega el piso de rodillas una prueba de su estado de excitación? [...] escena misma fue sexualizada en el recuerdo sólo más tarde, luego que discernió la intencionalidad de situaciones parecidas?” (p. 88).

En «Pegan a un niño» (1919) vuelve sobre el tema de las fantasías sexuales infantiles y plantea que en la organización genital infantil el niño y la niña vislumbran que los genitales tienen relación con la reproducción “aunque sus cavilaciones puedan buscar la naturaleza de la intimidad presupuesta entre los padres en vínculos de otra clase —por ejemplo, en el dormir juntos, en el orinar en común y cosas parecidas— y los contenidos de esta índole pueden ser captados en representaciones-palabra antes que eso oscuro que se relaciona con los genitales” (p. 185)¹¹. En *El yo y el ello* (1923), cuando está abordando el encuentro con la diferencia sexual en la fase fálica del varón, plantea que el niño llega a descubrir que el pene no es patrimonio de todos los seres semejantes a él por la visión de los genitales de una hermana o compañerita de juegos, “pero niños agudos ya tuvieron antes, por sus percepciones del orinar de las niñas, en quienes veían en otra posición y escuchaban otro ruido, la sospecha de que ahí había algo distinto, y luego intentaron repetir tales observaciones de manera más esclarecedora” (p. 147).

10 También insistió brevemente en el vínculo de la enuresis con el fuego a propósito de las asociaciones con Johannes Huss (p.84 y n. 2, p. 85).

11 Esto es interesante debido a que con esta cita podría pensarse en un subestadio urinario en la organización genital, previo al momento genital definitivo.

De este modo llegamos a una época en que Freud presentó sus síntesis finales en torno al erotismo uretral. Por una parte, contamos con dos publicaciones en las que abordó los vínculos de la masturbación en la fase fálica con la enuresis nocturna y la amenaza de castración. En la primera de ellas, *El sepultamiento del complejo de Edipo* (1924), al referir la fase fálica en el varón y la amenaza de castración, señaló: “con notable frecuencia acontece que al varoncito no se lo amenaza con la castración por jugar con la mano en el pene, sino por mojar todas las noches su cama y no habituarse a la limpieza. Las personas encargadas de la crianza se comportan como si esa incontinencia nocturna fuese consecuencia y prueba de que el niño se ocupa de su pene con demasiado ardor¹² y probablemente aciertan en ello” (p. 183). Freud prosiguió el pasaje equiparando la enuresis nocturna con la polución del adulto y proponiendo que ella es expresión de la excitación que esfuerza al niño a la masturbación durante el complejo de Edipo. La segunda es *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* (1925), donde volvió a articular la masturbación durante el complejo de Edipo del varón, con la enuresis nocturna y el complejo de castración, proponiendo la siguiente síntesis: “el hecho que el niño siga mojándose en la cama sería el resultado del onanismo, y el varoncito apreciaría su sofocación como una inhibición de la actividad genital y, por tanto, en el sentido de una amenaza de castración” (p.269). Por otra parte, contamos con otras tres publicaciones en las que retoma y se extiende en los vínculos de la micción con el carácter y el fuego. El primero de ellos es *El malestar en la cultura* (1930 [1929]) donde, al estar refiriendo la domesticación del fuego como un sobresaliente logro cultural, se extendió en una nota (n. 3, p. 89) acerca de sus conjeturas sobre origen de esta hazaña cultural, retomó sus antiguas asociaciones acerca de Gargantúa y Gulliver, y propuso que en la base de este logro estaba la renuncia al placer de la competencia homosexual, expresado en extinguir con orina las llamas fálicas del fuego. Propuso también que la mujer habría sido designada “guardiana del hogar [y del fuego] porque su conformación anatómica no le hubiera permitido ceder a esa tentación de placer” (n.3, p. 89)¹³. Finalmente destacó “la regularidad con que las experiencias analíticas atestiguan el nexo entre ambición, fuego y erotismo uretral” (n. 3, p. 89). El segundo trabajo de este grupo es la 32ª Conferencia. Angustia y vida pulsional (1933 [1932])

12 Esta vez la aparición del ardor es propia de la edición castellana. En el texto original en alemán la palabra es *allzueifrig*, adjetivo que podríamos verter por en exceso afanosa o demasiado fervorosa, pero sin referencia al fuego.

13 En todo esto resuena la costumbre de hacer cañería de milico (...el que no mea no tiene pico) al apagar una fogata entre los jóvenes chilenos.

donde acentuó el vínculo entre el erotismo uretral y la ambición como rasgo de carácter, señalando que éste sería “quizás todavía más firme” (p. 93) que el vínculo entre el erotismo anal y los clásicos rasgos de carácter asociados a él (orden, ahorratividad y terquedad). El último trabajo al que haremos referencia es *Sobre la conquista del fuego* (1932 [1931]), la única publicación de Freud en la que el tema del erotismo uretral ocupó el lugar central. El eje de este artículo breve y rico en asociaciones es una reflexión en torno al momento cultural de la domesticación del fuego a propósito de la saga de Prometeo. Freud interpretó el mito, recurriendo al simbolismo y la mudanza en lo contrario, y propuso que la caña de hinojo donde Prometeo escondió el fuego tras robárselo a los dioses sería un símbolo del pene. Además, sugirió que el castigo impuesto a Prometeo tras su hazaña —que su hígado sea devorado día tras día por un águila— daría cuenta de la venganza de la humanidad contra el héroe debido a que nos legó la prohibición de satisfacer la rivalidad fálica expresada en extinguir el fuego con orina. También articuló este mito con la saga de Hércules, liberador de Prometeo, interpretando su combate contra la Hidra de Lerna como la extinción del fuego con la orina (agua), expresión de un momento cultural posterior en el que se permitió apagar el fuego cuando este fuera un incendio amenazante. Si bien el grueso del artículo son las referencias a los mitos, de principio a fin nos encontramos con pensamientos acerca de la pulsión, su constante renovación y la renuncia a ella. Al respecto destaca la reflexión acerca de las dos funciones que se conjugan y excluyen mutuamente en el pene: función de la micción (agua) y función genésica (el fuego de la excitación libidinal genital). Finalmente volvió sobre el plano de fantasías y teorías sexuales infantiles uretrales: “el niño cree todavía poder reunir ambas funciones; según su teoría, los hijos se producen porque el varón orina en el vientre de la mujer” (p. 178).

En un intento de organizar las referencias de Freud al erotismo uretral, podríamos indicar algunos puntos centrales de su reflexión que, desde luego, están íntimamente asociados entre sí:

- a) Tiene un vínculo con el segundo período de masturbación, el onanismo de fase fálica. La enuresis nocturna sería el equivalente infantil de la polución.
- b) A diferencia de erotismo oral y del anal, está cargado por la diferencia entre los sexos.
- c) Las amenazas en torno al control de esfínteres uretrales serían equivalentes a de la amenaza de castración.
- d) Está vinculado con las teorías sexuales infantiles que imaginan que la micción cumple un papel en el origen de los niños.
- e) Tiene un firme nexo con la ambición como rasgo de carácter.
- f) Está conectado simbólicamente con el fuego. Esto obedece a motivos filo- y ontogenéticos. Los primeros dicen relación con que el logro cultural de la conquista del fuego implicó la prohibición de la rivalidad fálica expresada en la extinción del fuego con la orina. La mujer habría sido designada

guardiana del hogar por su disposición anatómica que le dificultaría extinguir el fuego con su orina. Los motivos ontogenéticos dicen relación con la experiencia de que los genitales, y particularmente el miembro masculino, conjugan y excluyen mutuamente la función de la micción (agua) y la función sexual genital (fuego).

Luego de este recorrido temático por la obra de Freud, podemos mencionar a otros psicoanalistas que insistieron en el erotismo uretral. El primero de ellos es Isidor Sadger quien publicó un artículo titulado Sobre el erotismo uretral (1910), el que sólo hemos podido abordar parcialmente debido a su extensión, complejidad y que aparentemente no ha sido traducido desde el alemán. En él, Sadger da cuenta de un esfuerzo bastante minucioso por definir el erotismo uretral al modo en que Freud lo había hecho anteriormente con el erotismo anal, con tempranas referencias a los juegos de ser bomberos (tema del fuego) y acompañado de la presentación de cuatro casos clínicos. No deja de llamar la atención que Freud nunca haya referido esta obra en sus publicaciones. Abraham es otro psicoanalista que refiere con cierta frecuencia el erotismo uretral¹⁴.

En Manifestaciones del complejo de castración femenino (1920) se detuvo en la aparición de significaciones urinarias en los sueños de mujeres proponiendo que “el sacar la jeringa del bolsillo sugiere el método de micción masculino” (p. 268) e indicando que la enuresis nocturna sería uno de los determinantes más importantes del complejo de castración: “la enuresis de la mujer descansa con frecuencia sobre el deseo de orinar al modo masculino” (p. 269). También en Un breve estudio de la evolución de la libido (1924), al referir el caso de una paciente que sufría de raptos de llanto, señaló que “durante la menstruación, que solía excitar de un modo típico su complejo de castración, apenas dejaba de llorar” (p. 365). En una nota al pie agregó que “ese copioso flujo de lágrimas representaba a su deseo inconsciente de orinar como un hombre” (n. 258, p. 367). Sin embargo, el trabajo donde más se detuvo en esta temática fue Ejaculatio Praecox (1917) donde señaló tener muy presentes las contribuciones de Freud y Sadger. En su análisis de esta patología se centró en “la uretra como zona erógena dominante” (p. 213), resaltando la semejanza entre la forma de la eyaculación prematura con la micción, especialmente con la pasiva e “involuntaria emisión de orina por el niño” (p. 214). Propuso que este tipo de pacientes

14 Con respecto a Abraham, podemos hipotetizar que sistemáticamente le dio importancia al erotismo uretral en su trabajo clínico. Nos formamos esta impresión por la insistencia en este modo del erotismo precisamente en la obra de psicoanalistas que fueron pacientes de Abraham, como Melanie Klein, Karen Horney, Jeanne Lampl-de Groot o Johan van Ophuijsen.

“se han rezagado en una etapa definida de la evolución de la libido” (p. 215), en el placer de la excreción (urinaria) como vehículo de desafío a la madre, por lo que en ellos “la zona genital, en el sentido estricto, no se ha convertido en la zona predominante” (p. 215). Cuando Abraham abordó esta inhibición del desarrollo de la libido recurrió al narcisismo, lo cual es muy interesante para explicar vínculo entre la ambición y el erotismo uretral propuesto por Freud. A propósito, refirió al “alto valor que se le asigna normalmente al pene en el período del narcisismo infantil (...) una sobreestimación del pene en cuanto órgano de la micción, de modo que cuando el pene tenga que cumplir su verdadera función sexual, se rehusará a hacerlo” (p. 222) y señaló que estos pacientes “exhiben un erotismo uretral excepcionalmente marcado, opuesto al erotismo genital” (p. 227).

Hay otros dos psicoanalistas que también valdría la pena referir, debido a la importante presencia del erotismo uretral en algunas de sus presentaciones clínicas y a que, a diferencia del principal trabajo de Abraham sobre el tema, sus observaciones son con respecto a mujeres. El primero de ellos es Van Ophuijsen, quien en *Observaciones sobre el complejo de masculinidad en las mujeres* (1924 [1917]), cuando indicaba la relevancia del momento del encuentro con la diferencia entre los sexos, refirió el caso de una mujer que “después de haber visto orinar a un varón, se desarrolló en ella el deseo de ser hombre para poder hacer otro tanto. Este incidente determinó hasta ahora su forma de satisfacción sexual, que obtiene con la masturbación. Otra paciente H. pudo observar a su padre y su tío que no tenían reparo en orinar delante de ella” (p.88)¹⁵. También escribió sobre una tercera paciente que durante un tiempo “había dejado de orinar sentada para hacerlo parada” (p. 89) y más adelante, una cuarta, en la que “su complejo de masculinidad se manifestaba en el hecho de querer orinar como un hombre, trataba de alargar la uretra, por ejemplo, pasando su orina a través de un tubo” (p.101). Posteriormente, a propósito del caso en el que más profundiza en el artículo, indicó como momento principal en el comienzo de su neurosis un sueño erótico a sus cuatro años en el que había experimentado una especie de orgasmo (en realidad, una enuresis nocturna cuando ya sabía controlar los esfínteres uretrales). Avanzando en el texto se multiplican las asociaciones entre la orina, su placer por la música, recuerdos de acompañar a su madre a orinar al baño, fantasías de que el hombre orina en la mujer, ataques de llanto, curiosidad permanente por funciones vesicales, etc. Como idea principal propuso “una regresión al estadio de desarrollo de la libido autoerótica, principalmente al del erotismo uretral” (p.101) e indicó la “íntima conexión entre el complejo de masculinidad, la masturbación infantil clitoridiana y el erotismo uretral” (p. 103). La segunda psicoanalista es Lampl-de Groot quien en su importante trabajo *La evolución del complejo de Edipo en las mujeres* (1928) también hizo una referencia a los procesos urinarios al abordar el encuentro de la niña con la diferencia sexual:

15 Más adelante da otro ejemplo en el que, más que la visión, se destaca la escucha del ruido al orinar.

"[ella] descubre que el genital del varón es más grande, más poderoso y más visible que el suyo, y que aquel puede usarlo activamente para orinar, proceso que para la niña tiene una significación sexual" (p. 55). Además, abordó el caso de una mujer¹⁶ que tenía la costumbre de llamar a sus padres en la noche cuando sentía ganas de orinar con la intención de molestarlos, hasta que una noche el padre la golpeó en las orejas. Refirió un sueño erótico con la madre, a sus cuatro años, que terminaba en una sensación de deleite supremo que se habría correspondido con una enuresis nocturna y confirmó que "incluso en su vida posterior el erotismo uretral desempeñó un papel particularmente importante en esta paciente" (p. 65). Además, aludió al recuerdo de otra paciente que a sus cinco o seis años "se había puesto las ropas de su hermano mayor y se había exhibido orgullosamente frente a todo el mundo. Además de esto, había hecho repetidos intentos de orinar como un varón" (p. 67).

Propuestas teóricas y conclusiones

Con estos antecedentes teóricos y clínicos podremos avanzar hacia una propuesta con relación al erotismo uretral. En primer lugar, valdría la pena pensar que, desde el comienzo de la vida, al menos la extrauterina, el erotismo uretral se constituye como uno de los componentes más importantes de la libido. A pesar que podría ser confundido con el erotismo anal o pasar como un subcomponente del mismo, considero que se justifica teórica y clínicamente su separación. Uno de los elementos que, a mi juicio, más justifica esta separación es que durante el dormir, en condiciones normales, desde el nacimiento se establecen diferencia entre ambos grupos de esfínteres: el esfínter anal se cierra, mientras que el esfínter uretral puede dilatarse. En otras palabras, durante el dormir está facilitada la enuresis y no así la encopresis. Esta diferencia de comportamiento entre los esfínteres y el dormir también se traduce en manifestaciones muy diferentes de estos dos grupos de esfínteres en el sueño. En general, podríamos aseverar que estos dos grandes grupos de sensaciones no se prestan habitualmente a confusión como estímulos para lo psíquico. Además, podemos señalar que, a diferencia de la pulsión oral y la pulsión anal, el erotismo uretral trae consigo la carga de la diferencia anatómica entre los sexos. En algún momento de la infancia —ya sea por la escucha de una diferencia en el ruido, por la mirada de una posición diferente o por una observación aún más directa—, la diferencia sexual cobraría relevancia o se reforzaría en torno a la micción. Ahora bien, aquí cabría preguntarnos: ¿es la diferencia sexual apreciada en torno a la micción un precursor de la diferencia sexual misma?, ¿una diferencia se deriva de la otra?,

16 Al leer los trabajos de Lampl-de Groot (1928) y el de Van Ophuijsen (1924 [1917]) podemos formarnos la idea de que ambos trabajaron con la misma paciente. Después de un tiempo de trabajo Van Ophuijsen la habría derivado con Lampl-de Groot.

¿funciona la diferencia observada en torno a la micción como un sustituto regresivo o defensivo de una diferencia sexual *strictu sensu*?, y ¿es el erotismo uretral un elemento contingente o necesario del encuentro con la diferencia sexual?

Dando por supuesto el valor de mantener abiertas estas preguntas, valdría la pena proponer la hipótesis que en la obra de Freud estaría implícito que el erotismo uretral tiene un primado durante la fase fálica y es un componente necesario del encuentro con la diferencia sexual en esta fase. Esto tiene como principio que pensemos en el encuentro con la diferencia sexual como algo que sucede en un período de tiempo en el que se acumulan diferentes experiencias (relatos, observaciones, amenazas), entre las que nunca faltarían aquellas vinculadas con las diferentes formas de micción. De cualquier forma, el recorrido realizado da cuenta que en la obra de Freud hay una firme soldadura entre la masturbación de la fase fálica, la enuresis, la diferencia anatómica entre los sexos y la amenaza de castración. Las teorías sexuales infantiles urinarias serían características de la fase fálica e insistirían hasta la constatación de la existencia del semen. Las presentaciones clínicas de Abraham, Van Ophuijsen y Lampl-de Groot no vendrían sino a confirmar los hallazgos de Freud. Esto nos lleva a pensar que sería esclarecedor recurrir a la noción de fase fálico-uretral de la libido¹⁷.

Con respecto a la síntesis acerca de la evolución de la libido propuesta por Abraham (1924), podemos señalar que él se extendió en la separación en dos tanto de la etapa oral como de la etapa anal. Tuvo en consideración la separación en dos de la etapa genital —en una etapa fálica y una genital definitiva—, pero no se explayó sobre esa distinción. Debido a la temprana muerte de Abraham en 1925, no habría llegado el momento en que se concentrara teóricamente en la diferenciación entre las dos últimas sub-etapas. A pesar de esto, podemos señalar algunas cosas. La primera es que cuando realiza una especulación acerca de los paralelos entre la ontogénesis biológica (embriología) y la evolución de la libido, se refiere al “aparato urogenital” (Abraham, 1924, p. 381) para diferenciarlo del desarrollo embrionario anal. La segunda, y más significativa, es que en una relectura *Ejaculatio Praecox* (1917) —bajo la luz de la separación entre las etapas fálica y la genital definitiva—, podríamos proponer que esa patología al modo en que la describió Abraham daría cuenta de una significativa fijación en la fase fálica —caracterizada en nuestra opinión por un primado del erotismo uretral— que no ha permitido que la zona genital haya devenido zona erógena dominante.

17 Esta terminología ya estaba presente, al menos, en parte del psicoanálisis argentino (por ejemplo, en Liberman, Maldavsky y Chiozza), aunque todavía estamos investigando cómo se habría originado y justificado. En próximas publicaciones esperamos poder extendernos en este punto.

Como trabajo teórico pendiente mencionaría el intentar esclarecer los diferentes caminos del erotismo uretral tanto en hombres como en mujeres y la tarea teórica de pensar las particularidades del modo de apropiación, posesión y sometimiento propias del erotismo uretral en comparación con el erotismo anal.

Bibliografía

- Abraham, K. (1917). Ejaculatio Praecox. En: Abraham, K. (1980). *Psicoanálisis clínico*. Buenos Aires: Horné.
- Abraham, K. (1920). Manifestaciones del complejo de castración femenino. En: Abraham, K. (1980). *Psicoanálisis clínico*. Buenos Aires: Horné.
- Abraham, K. (1924). Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales. En: Abraham, K. (1980). *Psicoanálisis clínico*. Buenos Aires: Horné.
- Anzieu, D. (1959). El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del psicoanálisis. México D. F.: Siglo Veintiuno Editores, 2008.
- Brudny, G. (1990). Represión primaria. Sus acepciones en la obra de S. Freud. En: Casaula, E., Coloma, J. y Jordán, J. F. (1991). *Cuarenta años de psicoanálisis en Chile*. Santiago: Ananké.
- Freud, S. (1893). Sobre un síntoma que a menudo acompaña la enuresis nocturna de los niños. En: Freud, S. (2018). *Textos inéditos y documentos recobrados*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Freud, S. (1897). Sumario de los trabajos científicos del docente adscrito Dr. Sigm. Freud. Obras completas, Volumen III. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Freud, S. (1900 [1899]). La interpretación de los sueños. Obras completas, Volumen IV y V. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Freud, S. (1901). Psicopatología de la vida cotidiana. Obras completas, Volumen VI. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Freud, S. (1905 [1901]). Fragmento de análisis de un caso de histeria. Obras completas, Volumen VII. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. Obras completas, Volumen VII. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Freud, S. (1908). Carácter y erotismo anal. Obras completas, Volumen IX. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Freud, S. (1908). Sobre las teorías sexuales infantiles. Obras completas, Volumen IX. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Freud, S. (1909). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. Obras completas, Volumen X. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Freud, S. (1909b). A propósito de un caso de neurosis obsesiva. Obras completas, Volumen X. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Freud, S. (1918 [1917]). El tabú de la virginidad. (Contribuciones a la psicología del amor, III). Obras completas, Volumen XI. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Freud, S. (1917). Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal. Obras completas, Volumen XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Freud, S. (1918 [1914]). De la historia de una neurosis infantil. Obras completas, Volumen XVII. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Freud, S. (1919). «Pegan a un niño». Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales. Obras completas, Volumen XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Freud, S. (1923). El yo y el ello. Obras completas, Volumen XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Freud, S. (1924). El sepultamiento del complejo de Edipo. Obras completas, Volumen XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Freud, S. (1925). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. Obras completas, Volumen XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Freud, S. (1930 [1929]). El malestar en la cultura. Obras completas, Volumen XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Freud, S. (1932 [1931]). Sobre la conquista del fuego. Obras completas, Volumen XXII. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Freud, S. (1933 [1932]). 32ª conferencia. Angustia y vida pulsional. Obras completas, Volumen XXII. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Freud, S. (1950 [1892-99]). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Obras completas, Volumen I. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Freud, S. (1950 [1895]). Proyecto de psicología. Obras completas, Volumen I. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Lampl-de Groot, J. (1928). La evolución del complejo de Edipo en las mujeres. En: Varios autores. (1967). *Psicoanálisis y sexualidad femenina*. Buenos Aires: Paidós.
- Messina, L. (2016). Si mi padre (hubiera estado) otro gallo cantarí. Historias de vejigas espásticas. En: Fenieux, C. G. y Rojas, R. (2016). *Sexo y psicoanálisis. Una mirada a la intimidad adulta*. Santiago: Pólvara.
- Sadger, I. (1910). Über Urethralerotik {Trad.: Sobre el erotismo uretral}. *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschung*, 2 (2), 409-450.
- Van Ophuijsen, J. H. W. (1924 [1917]). Observaciones sobre el complejo de masculinidad en las mujeres. En: Varios autores. (1967). *Psicoanálisis y sexualidad femenina*. Buenos Aires: Paidós.